

El peso de las palabras

Antonio Villas Hernández

A un niño le dicen una frase que no alcanza a comprender, y llega a obsesionarse con entenderla hasta tal punto que marcará su destino. Sus estudios e incluso la investigación de su tesis están relacionados con esa duda de la infancia de la que no puede despegarse.



“ El cambio de significado en las palabras existentes es constante, progresivo. ”

La primera vez que escuché la palabra ocio —en concreto, ocioso— no contaba más de siete años. Por aquella época vivía con nosotros la tía Elvira, mujer enjuta y de agrio carácter, que al verme echado en el sofá con los brazos cruzados no pudo reprimir un instinto maternal que la vida le había obligado a dirigir a sus sobrinos: «un niño a tu edad no debe estar ocioso», me dijo moviendo el dedo índice de forma amenazadora, «así que sal a la calle y juega con los demás niños». La falta de empatía con la infancia es un rasgo común entre los adultos —algo marcadísimo en la tía Elvira

y que extendía a todo el mundo—, de modo que no advirtió el mohín de fastidio que exhibía mucho antes de que ella llegara, pues mi único interés en aquel momento era demostrar que estaba enfadado con mi hermano.

Los siguientes días intenté descifrar lo que la tía Elvira me había dicho, pero la búsqueda en el viejo diccionario resultó desalentadora. Nada de lo que allí aparecía se ajustaba a lo que yo estaba haciendo en el sofá. Pregunté a mis hermanos, entre pelea y pelea, pero tampoco ellos pudieron ayudarme. Mi madre, cada vez que

le mostraba mis dudas, me apartaba de su camino con delicadeza para continuar con sus quehaceres y mi abuela, tras escucharme con atención, me colocaba la mano en la frente para comprobar si algo andaba mal. Tuve, de pronto, la inquietante sensación de que los mayores me ocultaban una realidad tan evidente que resultaba de Perogrullo, una especie de conjura que me era aplicada por el mero hecho de ser pequeño y que no podría esquivar durante años. Así que decidí cambiar de estrategia e intentar obtener información fuera de mi entorno.

Recuerdo con cierta nostalgia, durante los primeros estudios, la cara de estupor de un profesor de Lengua cuando, en lugar de buscar respuestas a las subordinadas de relativo como el resto de mis compañeros, mis preguntas iban siempre en la misma dirección. «Porque las lenguas están vivas, jovencito», me respondía en un tono que no animaba a continuar exponiendo mis dudas. «En las lenguas muertas, como el latín, que por cierto comenzarán el año próximo, no sucede este fenómeno porque no hay hablantes que modifiquen los paradigmas», añadía en tono de suficiencia. Si su intención era que perdiera interés por el asunto, fracasó estrepitosamente. Aquellos episodios me condujeron a interesarme más por el lenguaje, a formularme nuevas preguntas, y por último, a tomar la decisión de conducir mis estudios hacia un profundo aprendizaje de la lengua que no solo despejara las dudas de la infancia, sino las que habían ido apareciendo desde aquel episodio y otros posteriores y que abarrotaban libretas enteras.

En la Universidad comprendí que el cambio de significado en las palabras existentes es constante, progresivo. El significado fluctúa, varía con el paso del tiempo, y un cambio en el uso de una palabra

provoca un reajuste en el sistema. Lo habitual es que las palabras tengan un significado central, nocional, y simultáneamente varios secundarios. La mayoría de las veces no se cambia un significado por otro, lo que cambia es el significado central mientras se mantienen los secundarios. Este desplazamiento puede estar motivado por diversas causas, lo que me proporcionó tardes eternas en la biblioteca de la Facultad, numerosas visitas a los despachos de los mejores profesores así como el placer de ir desmontando, en parte, los enigmas de mis desvelos. Y es que por mucho que analizaba los distintos significados de una palabra y situaba en el tiempo el momento en que se había desarrollado el proceso, no obtenía respuesta a lo más importante: por qué se producían y, sobre todo, si había una norma establecida o por el contrario se producían esos cambios de forma caprichosa.

“ En las lenguas muertas, como el latín, no sucede este fenómeno porque no hay hablantes que modifiquen los paradigmas. ”

Ahora me encuentro a punto de concluir la investigación para elaborar la tesis doctoral. El tema, como no podría ser de otra forma, es el cambio semántico de las palabras. Me he documentado exhaustivamente, he buceado por innumerables etimologías hasta lograr reunir un corpus considerable con el que reflejar este proceso de la lengua como nunca antes se había hecho. Y lo más importante, he descubierto una ley que dejará establecido no ya los motivos que impulsan a efectuar el cambio de significado, sino cómo y de qué forma se producen, el sentido nuevo de la palabra y los desplazamientos

que este hecho produce. La parte central de la tesis será el estudio diacrónico –el recorrido cronológico, desde los primeros testimonios hasta el presente– de un número de palabras lo suficientemente representativo como para establecer una norma, una pauta que se cumple sin excepción alguna y donde queda demostrado que la posibilidad de que el azar pueda intervenir a lo largo del proceso no existe. Sin embargo, hay una palabra que se me ha resistido. Y resulta paradójico que sea, precisamente, ocio. He entregado semanas, meses enteros a establecer su proceso de cambio semántico y siempre me encuentro en un callejón sin salida. Más allá del Diccionario de Autoridades o del trabajo del eminente filólogo catalán Joan Corominas, primera parada en toda investigación de esta índole, el tema se oscurece de un modo que me resulta imposible continuar. «Eso es bueno y debe servirte de acicate. Explorar nuevas vías es el deber de todo buen investigador», me dijo mi tutor de la tesis hace más de un año. Tiempo en el que he ido revisando y corrigiendo el texto cuando la investigación me lo ha permitido. Desde entonces, mi hogar se ha trasladado a los archivos históricos, a las bibliotecas de los numerosos monasterios donde me han permitido acceder o a la Biblioteca Nacional.

No puedo dejar de trabajar, de seguir investigando. Y no voy a hacerlo aunque podría concluir mi trabajo obviando este caso en particular. Sé que no deja de ser un caso más entre los miles que he recopilado y es imposible que alguien pudiera notar su ausencia, pero también sé que si me ha perseguido desde la infancia nada impedirá que lo haga hasta el fin de mis días.